Opinión

LAS VERDADERAS VÍCTIMAS DEL 'BREXIT' SON LOS ECONOMISTAS

Matthew Lynn

Director ejecutivo de Strategy Economics

ISTOCK

Sabe aquél del economista que hundió el coche en una piscina y se rompió el cuello? Olvidó el ajuste estacional. ¿Y conoce la versión del *Trivial* diseñada por un economista? Contiene 3.000 preguntas y 10.000 respuestas. Siempre ha habido un mercado floreciente, aunque pequeño, de chistes sobre esta ciencia funesta y sus lúgubres profesionales. Pronto se añadirán más sobre el *Brexit*. ¿En qué se diferencia un economista prediciendo una recesión causada por el *Brexit* de un anciano aturdido, enfermo de alzheimer? En que el economista tiene una calculadora.

En primavera se pronosticó mucho sobre quién saldría más perjudicado si los británicos decidían salir de la Unión Europea. Nos dijeron que la economía británica se sumiría en una recesión, el sistema bancario se hundiría y la eurozona se llevaría un golpe funesto. Sin embargo, la verdadera víctima ha sido la reputación de los economistas profesionales. Con contadas excepciones, predijeron que el Reino Unido iría directo a una recesión a consecuencia del *Brexit* pero el país marcha igual de bien, como el resto de Europa. Sin duda es una calamidad por la que la profesión se merece una buena paliza o cuando menos que se plantee varias preguntas.

Si rebobinamos varias semanas atrás y prestamos atención a algunos de los pronósticos sobre las consecuencias probables del *Brexit*, pensaríamos que el Reino Unido y de hecho el planeta entero estaría entrando en una recesión a estas alturas. Nada más concluirse el referéndum, los *cuentanúmeros* de todos los grandes bancos de inversión, los organismos políticos y los reguladores coincidían en predecir que el parón de la actividad económica sería brusco y repentino. Blackrock, el mayor gestor de dinero del mundo, por ejemplo, dijo a principios de julio que era probable una recesión. Barclays estimó un crecimiento negativo en la segunda mitad del año y Bank of America una ralentización profunda.

Resulta que no está pasando. En este mes obtuvimos los primeros datos desde el referéndum y el guirigay político posterior. ¿Adivinan? Todo funciona sorprendentemente bien. Los datos de la inflación indican un pequeño remonte en la subida de precios pero el ritmo general sigue muy por debajo del objetivo del Banco de Inglaterra del 2 por ciento. El empleo va bien, con el número total de puestos de trabajo en máximos históricos, y el paro ha vuelto a bajar. Las ventas al por menor, tal vez la medida más exhaustiva de la salud en una economía minorista y de consumo como la británica, eran mejores aun. Contra todas las expectativas, a los consumidores no ha parecido importarles el caos de la salida de la UE y las ventas interanuales han aumentado un 5,9 por ciento.

> Los expertos se equivocaron al pronosticar un golpe severo a la economía británica

Tampoco hay mucha evidencia de daños en la economía europea en general. La economía francesa e italiana son pésimas como siempre pero el global de la eurozona, aunque no es que avance a pasos agigantados exactamente, parece continuar como de costumbre. En efecto, los datos de la encuesta de Markit publicados ayer martes indican que al contrario que ralentizarse, el crecimiento se ha acelerado desde la votación.

Desde luego, la economía británica y sus grandes socios comerciales allende el Canal de la Mancha podrían sufrir daños a largo plazo. Quizá suceda que en 2021, por ejemplo, el Reino Unido solo crezca un 1,8 por ciento mientras que siendo miembro de la UE y con pleno acceso al mercado único habría crecido un 2,1 por ciento. También puede que Holanda hubiera crecido solo un 11 por ciento en lugar del 1,3 por ciento de haber disfrutado de un acceso más amplio al Reino Unido. Lo cierto es que probablemente nunca lo sepamos. Hay tantos elementos distintos en una gran economía desarrollada como la británica, del cambio demográfico a los tipos impositivos comparativos, pasando por las tendencias de productividad, que sería casi imposible distinguir cuál corresponde al abandono de la UE y cuál no. La realidad es que el *Brexit* implicará que parte de la economía vaya peor y otra mejor, y al final lo más probable es que no se note demasiado la diferencia.

Pero eso no es lo que pronosticaron. Una amplia mayoría de economistas de la corriente dominante, bancos y gestores de fondos predijeron un golpe inmediato y severo para la economía británica a consecuencia del *Brexit*. Llevados por ese consenso, muchos inversores vendieron libras y títulos británicos. Nadie ha calculado aún el coste total del error de apreciación sobre el *Brexit* pero seguramente se habrán sufrido pérdidas muy importantes.

Y eso exige una explicación apoyada en dos problemas, uno menor y otro mayor.

El menor es que casi todos los economistas han llegado a depender demasiado de los datos de la confianza y las encuestas, en vez de los números reales. Siempre iba a ser muy difícil averiguar porqué el *Brexit* conduciría a una recesión inmediata, salvo por el argumento de que la confianza se iba a llevar tal golpe que las empresas no invertirían y los consumidores no gastarían. Eso ha resultado ser falso y habría sido mejor esperar a ver los números reales antes de lanzar previsiones en un sentido u otro.

El mayor es que la mayoría de los economistas de los bancos, las gestoras de fondos y los institutos políticos estaban tan comprometidos personalmente con la permanencia en la UE que no podían imaginarse otra cosa que un desenlace catastrófico si el Reino Unido se iba. Y eso no es en absoluto aceptable. La economía no es una ciencia dura como la física pero debería ser capaz de albergar más objetividad que eso. Nadie espera que los economistas emitan pronósticos perfectos porque no es esa clase de ciencia, pero equivocarse tan estrepitosamente en un suceso tan importante pone en duda su relevancia y efectividad. Como poco, la próxima vez que haya una votación importante con implicaciones globales, habremos aprendido a no escuchar a los economistas.

'TAX MANAGER' 2.0

Almuden Sánchez García-Lomas

Director Región Sur Finance & Innovation Performance de Ayming

La figura del responsable fiscal resultará clave en la toma de decisiones de las compañías de manera imperativa. En una coyuntura cada vez más compleja, volátil y regulada, los departamentos de fiscalidad han de dar respuesta de forma proactiva a este contexto tan cambiante, tanto a nivel doméstico como internacional. Aquellas compañías que no evolucionen en este sentido dejarán de ser competitivas e inclusive atractivas para los consumidores e inversores. Por tanto, resulta imprescindible (obligatorio para algunas) que la función fiscal esté involucrada en la planificación de la estrategia de la empresa, aporte beneficios concretos en las decisiones que acompañan al negocio, resulte ágil y cuide la transparencia fiscal e imagen de la compañía.

Es un hecho cierto que la función fiscal está inmersa en un profundo cambio que los propios fiscalistas deben abanderar si quieren culminarlo resultando un activo estratégico de la compañía. Pero, ¿están preparados los departamentos de fiscalidad para responder de manera ágil a los retos a los que se enfrentan las compañías? A día de hoy, el responsable fiscal emplea hasta el 70 por ciento de su tiempo en funciones tradicionales como el cumplimiento de las obligaciones tributarias y la elaboración de reportes de información para uso interno y externo. En el futuro, cobrará protagonismo su participación en la definición de la estrategia y se producirán cambios significativos en la manera de abordar otras tareas tradicionales como las relaciones con la Administración tributaria, cada vez más colaborativas en aras a la transparencia o en el asesoramiento de las transacciones del día a día, que debe tornarse proactivo, anticipado e integrado.

> Los departamentos de fiscalidad deben responder de forma proactiva a un contexto cambiante

Entre los distintos propulsores de esta evolución cabe destacar, además de la transparencia, el buen gobierno y el control y gestión del riesgo, la internacionalización, la complejidad normativa, las ingentes obligaciones tributarias y la optimización de recursos, resultando que la conversión de la función fiscal está integrada en la de las demás funciones de la empresa.

El denominador común de todos estos aspectos es la necesidad de gestionar muchos datos para generar información de distinta índole (lo que algunos expertos han denominado el *data flow*), lo que implica automáticamente una necesidad de emplear de manera efectiva la tecnología hoy en día disponible. En consecuencia, el proceso que hay que acometer de manera inexorable para triunfar en la transformación es el de la automatización tecnológica, base del director fiscal del futuro.

Responsable fiscal que tendrá también, por tanto, que ser o contar en su equipo con un experto analista y de las Tecnologías de la Información. En definitiva, la transformación digital de la función fiscal resultará imprescindible para llegar al *Tax Manager* 2.0.